

¿SÓLO SE VIVE UNA VEZ EN LA TIERRA?

Metempsicosis y reencarnación entre la herejía y la esperanza

Desde los albores de la era moderna, en tiempos de crisis han proliferado las doctrinas espiritistas, gnósticas y ocultistas, entre las que siempre ha jugado su papel la doctrina de la reencarnación (DR). El autor del presente artículo, del que en 1992 se publicó la versión castellana de su Escatología, piensa que éste es hoy el caso. En el ámbito privado la crisis se presenta como crisis de sentido. En el público, la crisis se manifiesta en el miedo ante la progresiva destrucción de la creación y en la impotencia ante el aumento implacable de la pobreza y de la injusticia en el mundo. En este contexto hay que situar la tendencia actual a buscar refugio en el espiritismo, en movimientos como el «New Age» y en la forma occidental de la doctrina de la reencarnación.

Nur einmal auf Erden? Seelenwanderung und Reinkarnation zwischen Häresie und Hoffnung, Bibel und Kirche 49 (1994) 35-41.

Un poco de historia

La creencia en la reencarnación se encuentra en muchas religiones *arcaicas*, en relación con la veneración de los antepasados. Se cree que el alma de un fallecido renace en un miembro de la misma estirpe. Se considera *la vida como un poder que da vueltas incesantemente*. Así, en medio de todos los cambios, se otorga una cierta estabilidad a la tribu. La muerte sólo interrumpe este movimiento circular, pero no acaba con él.

En *Grecia* la fe en la reencarnación surge en los mitos órficos (s.VI a.C.). En sus diálogos, Platón le dio la forma de doctrina filosófica. *El alma, principio divino*, proveniente de los demiurgos, tiene

existencia pre-terrena de la que va a pasar a una existencia corporal (cárcel), que para ella representa una alienación de su manera de ser y una «prueba». Unos 10.000 años permanece sometida al cambio en las diversas fases de la prueba (en cuerpos de bestias o de personas) hasta que, purificada, llega a la eterna contemplación del ser divino o al eterno distanciamiento de él. El alma, como principio divino, no puede perecer. De *Grecia* procede también la idea de *reencarnación* corriente entre nosotros. Recibe el nombre de «palingenesia» o «metempsicosis» e indica la vuelta del alma a otro ser vivo para iniciar una nueva vida en esta tierra.

La concepción *bíblica* de «renacimiento» designa, en cambio,

algo totalmente distinto. Así, por ej., en Tit 3,5; Jn 3,3,5; Estos textos se refieren a la renovación ético-religiosa de *la misma persona* en la tierra en su *actual* vida y cuerpo, mediante el bautismo y la fe.

La doctrina de la reencarnación recibe una expresión particular en los *Upanishad* (s.VIII a.C). La vida humana y divina se encuentra sometida a la ley del *karma*, es decir, al *nexo condicional*, que se da en la vida moral, *entre la acción y sus consecuencias*. Hay una retribución del bien y del mal en forma de una automática causalidad retributiva. Tal retribución tiene lugar mediante una multitud de cambios y renacimientos (*samsara*), necesarios para que la persona humana pueda llegar a su verdadero *yo*. Una vida no basta para ello. Se pretende liberar a la persona de la *maldición* de los renacimientos y del cambio eterno, de manera que, en su *atman* (principio de identidad espiritual), la persona se una con el Ser absoluto y eterno, el *Brahman* (el alma del mundo). Éste se encuentra insito en la persona y, a través de todo lo perecedero, es lo único imperecedero y salvífico. Los principales caminos de redención son el conocimiento, el trabajo y la entrega al amor de Dios.

Esta concepción encontró eco en el pensamiento de la *Ilustración*. Ya dentro del s. XX se ha hecho popular gracias a la *antroposofía* de Rudolf Steiner. En su variante occidental, esta doctrina subraya el *perfeccionamiento del género humano* que posibilita la reencarnación. Un moderno representante de esta doctrina afir-

ma: «Si algo potencialmente divino ha sido colocado en la persona humana, ésta debe desarrollarlo en el tiempo y en el espacio, hasta que lo que se encuentra latente en ella se manifieste plenamente. Una única vida humana es demasiado corta para ello y la muerte no otorga automáticamente la iluminación a la persona. Hace falta una serie de vidas. La doctrina de la metempsícosis complementa la de la evolución con una dimensión espiritual. El espíritu se reviste de nuevas envolturas, busca mejores posibilidades de expresión, hasta reconocer su propia inmensidad» (H. Torwesten).

A diferencia del hinduismo, no se trata de liberarse de la maldición de las reencarnaciones, sino de aprovechar la oportunidad que éstas ofrecen de progresar eternamente hacia la perfección definitiva del individuo y de la humanidad.

Razones de la plausibilidad actual de la DR

Esta concepción del mundo ofrece una esperanza que parece proporcionar más sentido que el mensaje cristiano del Reino de Dios y de la resurrección de los muertos.

1. Parece que se da una respuesta satisfactoria a la *pregunta de la teodicea*: ¿de dónde viene el mal y el sufrimiento injusto? ¿por qué lo permite Dios? En la DR estas preguntas encuentran una respuesta en la ley del *karma*, es decir, las malas acciones que uno mismo ha llevado a cabo en una

vida anterior siguen actuando en el sentido de una justicia equilibradora y retributiva. A algunos les resulta difícil asumir lo no determinado de la historia y buscan causas y efectos inequívocos en el marco de una regularidad cósmica que pueda dominarse fácilmente.

¿Es satisfactoria esta respuesta? ¿Explica Auschwitz o la muerte de un niño, víctima del cáncer? ¿No es más humano aceptar la inexplicabilidad del dolor, apoyarse en él mutuamente y esperar que todo —ahora, y definitivamente en la muerte— sea asumido por aquel amor salvífico que llamamos Dios? Jesús rechazó la relación entre el dolor de una persona y su culpa o la de sus antepasados (Jn 9).

2. La DR parece dar una respuesta satisfactoria a la pregunta sobre mi *identidad*: ¿quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿soy realmente portador de algo eterno y espiritual? La realidad de una vida anterior o posterior forma así parte de la autodefinición de la persona humana. Lo inexplicado se explica por la realidad de una vida anterior. Lo imperfecto e interrumpido se desarrollará y alcanzará su plenitud con posterioridad.

Pero ¿no queda dividido con ello mi identidad? Algo eterno y espiritual iría seleccionando en mí un nuevo cuerpo, un nuevo tiempo, una nueva historia, nuevas relaciones, sin que una corporalización sepa nada de lo anterior. ¿Tan poco importante es, para mi identidad espiritual y eterna, mi concreta vida corporal,

con sus relaciones con los demás? ¿No quiere, más bien, el amor que el otro sea eterno (G. Marcel)? Todo ello manifiesta una manera de pensar, según la cual nada hay definitivo, todo puede empezar de nuevo. ¿Por qué actuar entonces como si una promesa de fidelidad hubiera de ser definitiva?

3. La DR encaja muy bien con la moderna *fe en el progreso*: todo puede y debe progresar. Con todo, en los últimos años, esta fe ha perdido algo de su fascinación en el campo de la economía y de la técnica: hemos dado con los «límites del crecimiento». Este nuevo entusiasmo por la DR ¿no implica la trasposición a un ámbito espiritual de esta ideología del progreso y del rendimiento? ¿Por lo menos en la perfección ética y espiritual de la persona humana y, a través de ella, de todo el género humano sí debe haber un progreso sin límites! La DR es expresión de la idea moderna del rendimiento y del progreso, religiosamente internalizada.

Sin embargo, ¿por qué la evolución del género humano debe ir siempre hacia adelante? ¿Por qué la persona ha de perfeccionarse gracias a su propio esfuerzo ético? ¿Por qué este progreso no puede sernos regalado?

4. La DR se adapta bien a la *expulsión de la muerte* del ámbito público y social, especialmente en lo que ésta tiene de negativo (interrupción radical de la vida y expresión de soledad e impotencia). Hoy en día se quiere arrebatar a la muerte su carácter de límite incondicional y se la considera un

paso suave de esta esfera terrena a una esfera espiritual, y de allí a otra vida terrena en la que todo puede intentarse de nuevo. En nuestra sociedad postcristiana se pretende otorgar una ayuda puramente humana para morir. No bastan los cuidados médicos, es necesaria una perspectiva cuasireligiosa que procure consuelo y esperanza. A ello contribuye la DR: se presenta como una ayuda acreditada, aconfesional y, sobre todo, científica, lo que da seguridad a muchas personas.

5. Esta doctrina parece probada mediante los resultados de la investigación parapsicológica. ¿Cómo explicar inexplicables experiencias a lo *déjà vu*, recuerdos que vuelven a la memoria, la «terapia de la vuelta atrás» mediante la hipnosis, etc? Habría fenómenos asombrosos, explicables a partir de una parapsicología seria. Y sin embargo, ésta afirma que una cosa son los *fenómenos* observados y otra las *interpretaciones explicables por una determinada posición cosmovisional*. La reencarnación no es un hecho empírico científico, sino una interpretación de estos hechos. En sí los hechos son *polivalentes*. Hay la teoría de la memoria heredada genéticamente, la de la intensiva personificación con un tiempo o una persona pasada, la del inconsciente colectivo (Jung), la de los mecanismos de transferencia en las terapias de hipnosis, la de las relaciones telepáticas entre vivos y muertos, etc. En cualquier caso, la DR no es ningún conocimiento científico, sino una confesión cosmovisional.

Cristianismo primitivo y reencarnación

De vez en cuando emerge en círculos de partidarios de la DR la teoría de que, en los primeros tiempos de la Iglesia, algunos Padres habían defendido la DR y habían sido rechazados por la teología oficial. Esto es falso. Los testimonios más primitivos nos muestran que el rechazo de los Padres de la Iglesia es unánime. Además, hay que tener en cuenta que su teología se dirigía contra los gnósticos, que defendían ampliamente la reencarnación. La DR no fue ni una doctrina cristiana ni una herejía, sino una *convicción religiosa extracristiana*, absolutamente incompatible con la fe cristiana.

Parece que Orígenes (s. III) fue una excepción. Sin embargo, ¿qué fue lo que dijo? Orígenes nunca enseñó la doctrina de la re-encarnación, sino la *encarnación* del alma preexistente. «Orígenes enseñó que las almas habían sido creadas al mismo tiempo por Dios y que, según su fidelidad a Dios, permanecieron en su altura o cayeron de ella. Algunas cayeron del todo (los demonios). Otras permanecieron del todo (los ángeles). Y otros se apartaron y fueron encerrados por Dios en el cuerpo, como castigo. Según el grado de la caída, en cuerpos de bestias o de personas humanas» (Ch. Schönborn). En cambio, en otros escritos de interpretación bíblica rechaza Orígenes aquellas interpretaciones de los gnósticos que van a parar a una real reencarnación de las almas.

El sínodo de Constantinopla (543) condenó a Orígenes y el origenismo, pero no la DR. «Si en el s.VI se hubiera creído que Orígenes enseñaba esta doctrina, no se hubiera perdido la oportunidad de reprochárselo. El sínodo condenó la doctrina de Orígenes sobre la preexistencia. Que, con ello, la reencarnación se excluyera de modo implícito es algo que sólo afecta indirectamente al tema. La Iglesia nunca ha condenado la DR porque, hasta el s. XX, nunca la ha considerado como una doctrina que hubiera que compatibilizar con la experiencia fundamental cristiana» (Ch. Schönborn).

¿Compatible con la fe cristiana?

1. Una interpretación del mundo básicamente diferente. En la DR predomina una imagen *monista* del mundo: Dios y el mundo constituyen una gran conexión de vida y energía. La persona concreta es sólo una manifestación de lo divino. Lo esencial es esta chispa divina de vida y espíritu que hay en ella. Lo demás —cuerpos, historia, relaciones, etc.— es de segundo orden y más bien perjudica lo divino que hay en la persona humana. Hay que esforzarse en purificar y liberar la parte espiritual-anímico-divina que hay en nosotros y dejar que se disuelva en el único espíritu cósmico del que proviene.

La fe cristiana, por el contrario, enseña la unidad y la diversidad entre Dios y el mundo, y entre Dios y la persona. Entre Dios

y la persona no hay unidad de naturaleza y de ser, pues Él es el creador y nosotros, creaturas. Nuestra alma ha sido creada, es finita y no divina. Sin embargo, a pesar de esta radical diferencia, gracias a Cristo se da una profunda unidad entre Dios y el hombre: la unidad del amor. Dios, amor infinitamente creador, entra en comunión con nosotros, creaturas finitas, y por ello nuestra alma es inmortal y el «órgano interlocutor» de la persona con Dios. La inmortalidad no nos corresponde por naturaleza, sino porque Dios nos ama con amor incondicional e infinito, y por amor nos regala su Espíritu Santo.

2. Imagen personal de Dios versus reencarnación. A quien cree en un Dios personal la DR no le aporta nada salvífico ni liberador. Por muchas reencarnaciones que haya y en virtud de la diferencia Creador/creatura no puedo por mí mismo llegar a ser «divino» ni acercarme a Dios poco a poco gracias a mi perfección moral. Los mayores esfuerzos éticos y religiosos nunca podrán superar el abismo que hay entre Dios y la persona humana. Sólo el amor y la misericordia de Dios puede superar este abismo. A nosotros nos toca aceptar esto humildemente. Si acepto este amor en mi vida —por lo menos, incipientemente—, al morir no necesito volver a la tierra para empezar de nuevo. En la muerte Dios acoge nuestro corazón, incluso la mayor miseria creatural, y la atrae a su corazón. Así regala a cada persona su plenitud, la que le hace feliz a ella y la que le colma de

todas sus posibilidades, ya se trate de un niño pequeño o de un disminuido, cuya plenitud es diferente de la de una persona que muere después de una vida plenamente realizada. También en aquel caso se da una plena consumación, al ser asumida esta persona concreta, de una manera definitiva, salvífica y beatificante, en la plenitud de un amor inagotable. Este encuentro con el amor perdonador y salvador de Dios lo espero para *toda* persona humana en la hora de su muerte, incluso para el mayor pecador. Que él se abra a este amor —ahora o en la muerte— es algo que nadie puede saber. Hay que dejarlo como posibilidad abierta. La libertad de la persona humana es imprevisible y no puede insertarse en un sistema de armonía cósmica. Debemos esperar que todos entraremos en la vida eterna de Dios, pero también debemos contar con la posibilidad del infierno, es decir, la posibilidad de una cerrazón definitiva, libremente escogida, de la persona humana ante Dios.

3. *Concepción de la salvación básicamente diferente.* Para la fe cristiana la salvación es comunión con Dios y no la conquista de la perfección ética. Contra la moderna ideología del progreso sostenemos que la consumación consiste precisamente en ser redimidos de nuestros propios esfuerzos de activismo. Lo cual no significa pura pasividad (como daría a entender la expresión «eterno descanso»), sino dejarse atraer por la dinámica inagotable de un amor rebosante de vida,

fantasía y belleza y con el que nunca llegaremos al final.

4. *Una concepción de la corporalidad básicamente diferente.* Por influencia del platonismo, ha habido en el cristianismo una gran hostilidad hacia el cuerpo. Pero en la DR la minusvaloración del cuerpo es mayor. La fe confiesa la «resurrección de la carne». Por «cuerpo» (o «carne») entendemos nuestra historia vital, nuestras amistades, nuestras penas y nuestras alegrías, el conjunto de nuestras experiencias con el mundo. El cuerpo, como única y no intercambiable forma del alma, es un «símbolo» de ésta, su «autoexpresión». Puede existir una divergencia entre alma y cuerpo (sobre todo, en personas enfermas o ancianas). Pero, más allá de esto, hay una profunda unidad entre ambas y, a partir de esta unidad, Dios nos ama y nos salva. La concepción de la DR, según la cual, en la muerte, lo espiritual de la persona se libra del cuerpo, no es compatible con la imagen cristiana de la persona humana ni con la esperanza de la resurrección de la persona concreta y de toda su historia vital.

La «experiencia fundamental» cristiana

La incompatibilidad de la fe cristiana con la DR se funda en una «experiencia fundamental» absolutamente diferente. ¿En qué consiste? Ch. Schönborn la expresa en forma de relato:

«Un viejo ruso me contó esta historia. De joven, huyó a Francia y se convirtió en oficial

de la legión extranjera. A sus órdenes había un soldado alemán, brutal en el hablar y en el trato con los demás. En una escaramuza, el alemán fue herido gravemente e hizo llamar a su oficial. Éste encontró al herido profundamente cambiado. Le pidió: *¿cree Vd., que, si muero ahora, Cristo me puede dar algo de sí?* El oficial le pidió qué quería decir. *Sí*, dijo el herido, *si, al morir, voy al cielo, y encuentro los ángeles y santos, dirán: ¿qué hace éste aquí? y no entraré. Pero, si Cristo me da algo de sí, entonces no podrán decir nada y podré entrar.* Al poco, murió. Y el oficial ruso entendió en qué consiste el cristianismo: la experiencia fundamental de que *Cristo nos da algo*

de sí y nos hace hombres nuevos».

En la cruz, Jesús dijo al ladrón arrepentido: «hoy estarás conmigo en el paraíso». Hoy y no después de una larga cadena de reencarnaciones. El mensaje cristiano nos *exige el precio de la confianza*. Para muchos este precio es muy alto y prefieren contar con su propio rendimiento ético. Nuestra mentalidad actual intenta que la esperanza cristiana en que la plenitud se nos da en el Reino de Dios se someta al Moloch de la ideología del progreso y del rendimiento. Confianza en Dios o en el propio esfuerzo. La DR es la variante más actual de esta eterna alternativa.

Tradujo y condensó: JOSEP GIMÉNEZ

Agustiniana

«Ámame más, Señor, para quererte».
Búscame más, para mejor hallarte.
Desasosígame, por no buscarte.
Desasosígame, por retenerte.

Pódame más, para más florecerte.
Desnúdame, para no disfrazarte.
Enséñame a acoger, para esperar.
Mírame en todos, para en todos verte.

¡Por los que no han sabido sospecharte,
por los que tienen miedo de encontrarte,
por los que piensan que ya te han perdido,

por todos los que esperas en la muerte,
quiero cantarte, Amor, agradecido, porque
siempre acabamos por vencerte!

PEDRO CASALDÁLIGA, *El tiempo y la espera*, 1986, p. 23.